

cuerpo numeroso de cazadores se emplea constantemente en surtir de carne el establecimiento.

Cerca del lago de San Alban, á unas 9 millas al Norte de Edmonton, hay una colonia de hombres libres, es decir, de mestizos que han abandonado el servicio de la Compañía, y está dirigida por un sacer-

dote católico. Luego, á 40 millas mas lejos, hácia el Oeste, hay otra colonia aun mas antigua, la del lago de Santa Ana, que presenta iguales caracteres, pero es mas numerosa.

A Edmonton llegó, durante nuestra estancia, una compañía de mineros que habian lavado oro en el



Mujer Crie.

riachuelo llamado Barro-Blanco (*White-Mud-Creek*), que corre á 50 millas hácia la parte superior del Saskatchauane, y cuyo jefe kentukiano se llamaba Love. Traia un saquito de polvo de oro, y nos dijo que cada hombre habia recogido ya, desde principios del verano, 90 libras esterlinas (2,250 francos).

Allí tambien conocimos á M. O'B... hombre muy versado en los estudios clásicos, irlandés y de cuarenta á cincuenta años de edad. Llevaba en la mano un enorme baston, y toda su persona y su contradic-

torio traje eran una mezcla estraña del eclesiástico y del seglar. Dirigiémos un discurso, lisonjero á su persona y á nosotros, para hacernos saber que era nieto del célebre obispo O'B..., que se habia graduado en la universidad de Cambridge, y que deseaba le admitiesemos en nuestra compañía hasta la Colombia Británica. Accedimos á ello, y fue el personaje cómico de la expedicion.

M. Hardisty, negociante en jefe y los demás oficiales de Edmonton se esforzaron en hacernos renun-



El fuerte Edmonton.



ciar al proyecto de tomar la garganta de Leather, asegurando que la estacion no estaba aun bastante adelantada, y que los rios, engrosados por el derretimiento de las nieves de la montaña, corrían desbordados. Tambien nos dijeron que la mayor parte de los arroyos eran torrentes impetuosos, llenos de rocas, y de muy difícil paso, escepto en el otoño, cuando las aguas están bajas; que la region occidental de las Montañas Pedregosas era inhospitalaria, peñascosa, y estaba poblada de bosques impenetrables; y que aun cuando bajásemos por el Fraser, en vez de llegar al Caribú, hallaríamos este rio lleno de rápidas y de ollas, que habian frecuentemente sido fatales á los marineros mas espertos. Este paso, conocido con los diferentes nombres de Garganta de Leather, ó de Garganta de Jasper-House, de Lago de Cowdung, y de la Cabeza-Amarilla, habia sido destinada en otro tiempo por los viajeros de la Compañía de la bahía de Hudson, á servir de *portage* (1) desde el Athabasca al Fraser; pero hacia ya mucho tiempo que estaba abandonado, á causa de las dificultades insuperables que presentaba la navegacion por el segundo de los mencionados rios.

Una partida de cinco aventureros habia salido de Edmonton á fines de otoño del mismo año 1862, á fin de procurarse canoas en el *Escondite de la Cabeza Amarilla*, y bajar el Fraser hasta el fuerte de Jorge; pero nadie habia velto á saber de ellos.

Resolvimos, no obstante, atenernos á nuestro primer propósito de pasar la Garganta de Leather, siguiendo hasta donde nos fuese posible el camino de los inmigrantes, y confiarnos luego á nuestros mapas, aunque imperfectos, y á la sagacidad de nuestros guias, para llegar, ya al Caribú, ya al fuerte de Kamlupz, en la confluencia de los dos Thompsons, segun lo aconsejasen las circunstancias.

Partida de Edmonton.—Nadie cree que tengamos buen viaje.—Lago de Santa Ana.—Entrada en el bosque.—El rio Pembina.—El carbon de piedra.—Caza.—Curiosa costumbre de las tetras de sauce.—Cambios por castores.—El codo de Mac-Leod.—Incendio del bosque.—Salvacion.—El rio Athabasca.—Primera vista de las Montañas Pedregosas.—En ellas.—Pais admirable.—Jasper-House.

El 3 de junio de 1863 salimos de Edmonton acompañados de los buenos deseos de los escelentes amigos que allí nos habíamos procurado; pero aunque de todo corazon llamaban la proteccion de Dios en nuestro favor, la generalidad consideraba allí nuestra expedicion como condenada á un trágico fin.

Partiendo el 5 del espresado mes de San Alban, seguimos por espacio de 50 millas el camino que conduce al lago de Santa Ana. El pais es fértil, y

(1) Dáse este nombre al lugar en que se trasladan las embarcaciones y los cargamentos de un golfo á otro, y de un rio á otro.

parece un jardín, pero en él empieza el espeso bosque que se prolonga hácia el Norte, y concluye en las montañas del Oeste. Es probable que las márgenes de este lago fueron escogidas como estacion de una colonia, á causa de la inmensa cantidad de *coregonus* ó peces blancos que contiene, y que forman la base del alimento de aquellos habitantes. Tiene muchas millas de longitud, y en sus orillas occidentales hay una iglesia y cincuenta casas.

Al abandonar este lago, el camino nos condujo inmediatamente al fondo del bosque, terreno pantanoso completamente cubierto de árboles derribados por la decrepitud. Los caballos se hundían hasta el pecho, y á trechos tenian que salvar no pocos obstáculos.

A dos jornadas del lago, el camino mejoró un poco; encontrábase algunos parajes al descubierto, los árboles eran menos altos y formaban grupos en las laderas de las colinas bajas. Al medio dia nos hallábase cerca de un estenso lago que rodeamos en el resto de la jornada: parecia abundante en peces y aves silvestres; los primeros se solazaban al sol, sin que les intimidase la aproximacion de nuestros caballos.

El 11 de junio estábamos en las inmediaciones del rio Pembina, cuyas transparentes y poco profundas aguas corren hácia el Noroeste sobre un lecho de guijarros entre ribazos perpendiculares que tienen 80 pies de altura. Estas orillas dejaban ver la seccion de una magnífica capa de carbon, de 15 á 20 pies de profundidad. Fácil nos fue vadear el rio.

Durante dos ó tres dias mas, el pais presentó la misma superficie, ligeramente ondulada, con bosques espesos, sin ningun espacio al descubierto, y sin alturas desde donde la vista pudiese estenderse á larga distancia. El suelo firme solo se encontraba en la cima de las estrechas y bajas colinas que separan anchos y poco profundos valles, ocupados por *muskegs*, especie de pantanos cubiertos de una capa de musgo de 5 ó 6 pies de espesor; los abetos que allí hay han crecido en gran número y los árboles derribados hacían en extremo difícil el camino.

De tiempo en tiempo descubríamos huellas de alces y osos negros. En los primeros dias veíamos algunos ánades en arroyos y lagos; pero á medida que penetrábamos en el interior del bosque, las aves silvestres desaparecian de las aguas, y eran remplazadas en abundancia por los pichones, las perdices de bosque y las de pino, que cazábamos á nuestro placer. La perdiz de bosque ó tetras de sauce, frecuenta los bosques espesos y los terrenos bajos á entrambos lados de las Montañas Pedregosas. Si la asustan, vuela á un árbol, y allí sirve de blanco al cazador, y cuando se han reunido muchas, se dejan matar una tras otra, en vez de huir. En la primavera, el macho, deseoso de complacer á la hembra, se entrega al si-

guiente ejercicio: pósase sobre una rama, abre sus plumas y estiende su cola, á manera de pavo real, cierra los párpados y se golpea estrepitosamente con sus propias alas, absorbiéndose en esta ocupacion hasta el punto de permitir que cualquiera se le aproxime lo bastante para poder echarle al cuello un nudo corredizo atado á la punta de un palo.

A mediados de julio las perdices estaban rodeadas de sus crias, y dejamos de cazarlas. Cuando las encontrábase, la hembra, y algunas veces tambien el macho, nos salían al paso, casi hasta cerca de 2 metros con las alas estendidas y erizadas las plumas, enteramente lo mismo que las gallinas cuando defienden á sus polluelos. La perdiz de pino es un poco mayor que la de sauce, de color mas oscuro, con un ribete encarnado sobre los ojos, y no se encuentra sino en los *muskegs* ó pantanos de abetos. El pichon es el hermoso pichon viajero, de larga cola, tan comun en los bosques americanos, y lo seguimos encontrando en el Oeste hasta las márgenes del Thompson septentrional.

Un interesante pájaro que no encontramos sino entre el Pembina y el Athabasca, y al que dimos el nombre de *golondrina sonora*, llamó mucho nuestra atencion, pero nunca pudimos proporcionarnos uno. Su tamaño es casi igual al de un pichon, con alas largas y estrechas, como las del vencejo, á cuya semejanza se lanzaba en los aires, cogiendo moscas, y cuando se hallaba á gran altura, caía como una flecha, produciendo un ruido singular. No hemos visto en ninguna otra parte de América este pájaro.

Tres dias despues de pasado el Pembina, nos detuvimos para comer, en una pradera pantanosa que habia formado un dique construido por los castores al través de una corriente de agua, enteramente igual á las que habíamos visto cerca del rio del Perro y en Edmonton. Estos lugares tenian á la sazón gran valor para nosotros, pues eran los únicos espacios abiertos en que pudimos dar forraje á nuestros caballos hasta nuestra llegada á las montañas. Eran muy comunes á lo largo de nuestro camino; y por lo regular, un montecillo herboso y un terraplen al través de la pradera nos indicaban la antigua habitacion de los castores y su dique. Entre el Pembina y el Athabasca casi no hay ninguna corriente, si se esceptúa el caudaloso Mac-Leod, que al parecer no ha sido destruido por los trabajos de dichos animales.

El Mac-Leod es un hermoso rio de unos 150 metros de anchura, que desliza su pura y poco profunda corriente, como el Pembina, sobre un lecho de piedras.

El calor era sofocante. Los mosquitos y una especie de tábanos llamados *buldogues* por los mestizos, atormentaban los caballos; y aunque habíamos encendido una buena hoguera para que su humo los

alejase, aquellos no podían pacer, ni sustraerse á sus terribles picaduras.

Pasado el Mac-Leod continuamos subiendo á lo largo de su orilla izquierda ú occidental. El camino era el peor de cuantos habíamos visto hasta entonces, pantanoso el suelo, y los abetos muy espesos.

El 17 llegamos á un sitio en que, subiendo el rio mediante un rodeo, hácia el Sur, el camino se desvía de él formando un ángulo recto. Aquí corre un arroyuelo que desemboca en el Mac-Leod, las colinas adquieren mayores dimensiones y se elevan hácia el Oeste.

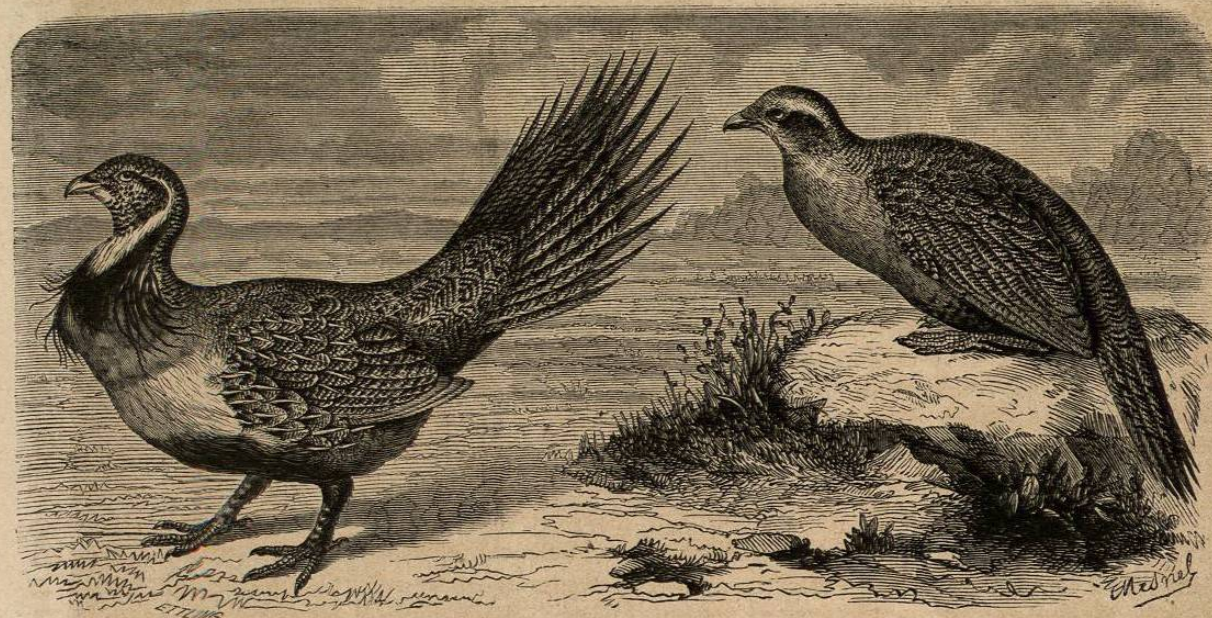
Dos dias despues volvimos á encontrar el Mac-Leod; pero como el estrecho sendero que seguía la corriente se angostaba por momentos, ocurriole al Assiniboine que habíamos dejado el buen camino yendo á Jasper-House, y partió en busca de otro mejor; su mujer y su hijo bajaron al rio, y quedamos solos con M. O.B...

Los tábanos eran muy numerosos; lo cual nos obligó á encender en el espacio descubierto que habíamos practicado, una gran hoguera en favor de nuestros caballos, y otra para nuestro uso particular. Tranquilamente sentados estábamos alrededor de ella, ocupados en hacer pemmican, y M. O.B. que se habia quitado las botas, fumaba con gran placer en su pipa; cuando de repente la otra hoguera empezó á chispear y mugir con mas fuerza, siendo grande nuestro espanto, cuando al volver la cabeza vimos que muchos de los árboles que nos rodeaban eran presa de las llamas. Es de suponer que los caballos, empujándose mutuamente para meterse en lo mas denso del humo, habian arrojado algun tizon entre los abetos, pues estos, aunque verdes, arden mas rápidamente que la leña mas seca. Eran aquellos unos momentos críticos. Cheadle cogió el hacha y derribó árbol sobre árbol para aislar de los demás á los que ardian, al paso que Milton se estenuaba trayendo cubos de agua que sacaba de una laguna, por fortuna próxima, para inundar el musgo seco y espeso que rápidamente comunicaba el fuego por la superficie del suelo. Sin embargo, ya nos encontrábamos casi rodeados por los árboles presa del incendio; las llamas centelleaban y corrían de rama en rama y de árbol en árbol de la manera mas espantosa; y silbando al chispear con pavoroso estrépito, devoraban ávidamente la resina de los troncos, atraídas por las hojas inflamables y muy anchas de las ramas. El espanto hizo indóciles los caballos: muchos, arrojando las llamas, se arrojaban á lo mas espeso del bosque, y uno de ellos con las patas quemadas, se arrastraba por el suelo, presa de agudos dolores. Abandonando entonces hacia y cubo, le tiramos de la cabeza y la cola; pero todo fue en vano; al ver esto, le dimos un fuerte golpe en la cabeza;



dió entonces un brinco, y se metió en el bosque. Pero el retraso ocasionado por este incidente estuvo á punto de sérnos fatal. El fuego había cundido de tal manera, que llegamos á creer que era preferible dejar todo allí y buscar un refugio en el río. No obstante, recobramos ánimo: volvimos á empuñar el hacha y manejar el cubo, y al paso que derribábamos árboles y apagábamos el incendiado musgo, renacia en nosotros la esperanza. En medio de estos desesperados esfuerzos, advertimos que nuestro amigo O.B. no nos había prestado la menor asistencia. Mirando en der-

redor, vímosle sentado en el mismo sitio en que le dejamos, tirando débilmente de una bota que él aparentaba costarle mucho trabajo ponerse. Pedímosle en nombre de Dios que viniese á ayudarnos, si no quería que todos muriésemos abrasados; pero nos respondió de un modo bastante indeciso que acudiría sin tardanza así que lograrse calzarse las botas. Escitado al fin por nuestros ruegos y por la observación que le hicimos de que lo mismo se abrasaría calzado que descalzo, acudió temblando y fuera de sí, para prestarnos un auxilio harto tardío é inútil. Poco á



Tetras de la llanura.

poco conseguimos cortar el fuego, que continuaba extendiéndose lejos de nosotros. Cuando reunimos nuestros caballos, vimos que el que nos había causado tanta inquietud no estaba tan maltratado como al pronto nos pareció, si bien tenía gravemente quemadas las patas.

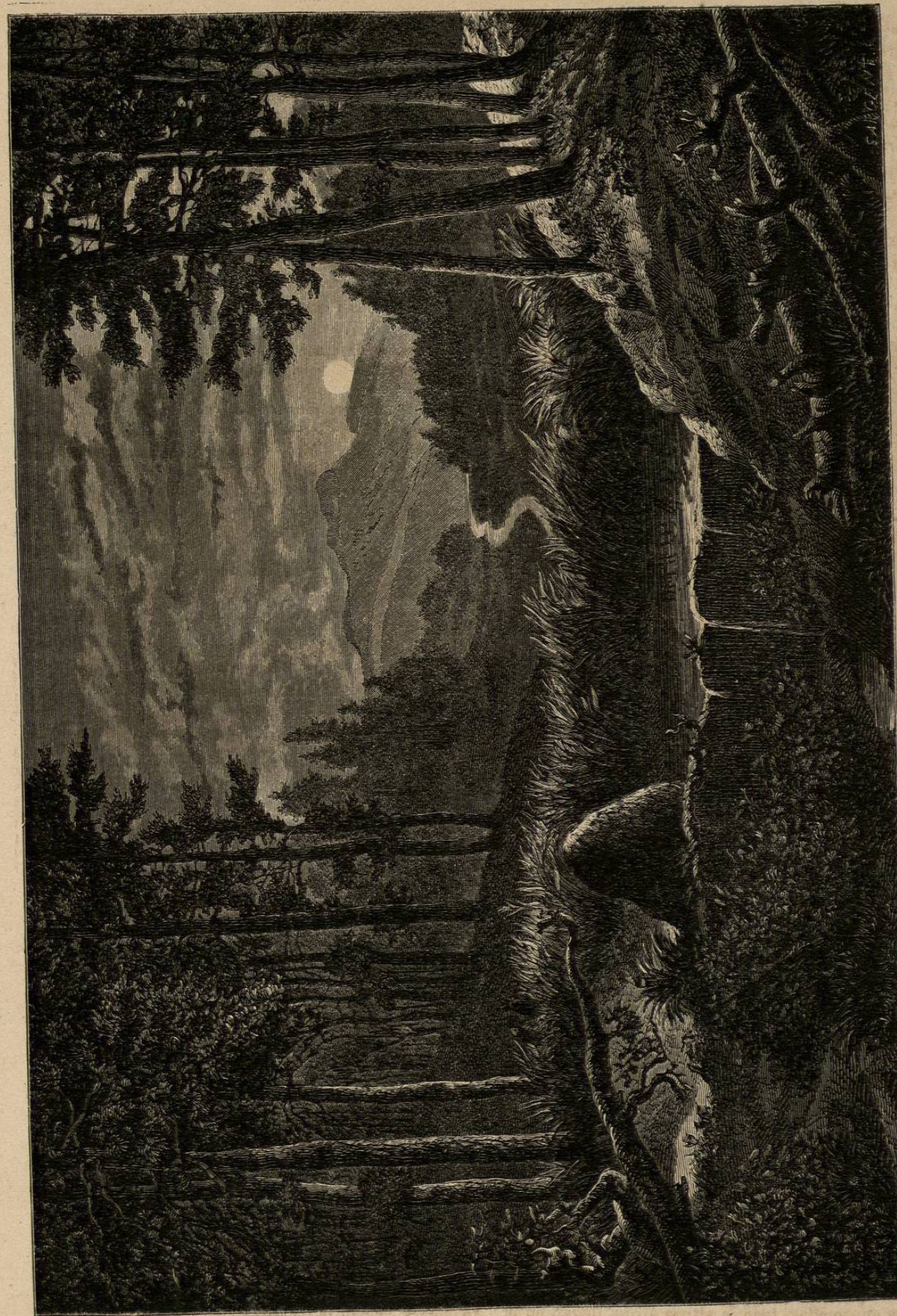
Poco después llegó el Assiniboine, que había encontrado el buen camino.

Al día subsiguiente, una marcha de media milla nos condujo á las orillas del Athabasca, que, como el Saskatchewan, corría por un alveo que se había formado en el ancho valle del río. Las escarpadas laderas que lo ceñían tenían 200 pies de altura, y estaban cubiertas por un espeso bosque de pinos, abetos y álamos, muy semejantes á los del Mac-Leod. No obstante, el valle del Athabasca es más hondo y ancho; las aguas del río eran turbias, profundas y rápidas, y tenían enconces, pues estaban peligrosamente engrosadas, toda la altura á que llegan en la

primavera, formando un notable contraste con los claros y bajos raudales que poco antes habíamos atravesado. El Athabasca llenaba su lecho hasta los bordes, tenía 200 metros de ancho, hacía rodar sus ondas por encima de las rocas de que está lleno su cauce, y arrastraba pinos de 5 ó 6 pies de diámetro, que giraban en su corriente como las pajas en un arroyo.

Pronto la cumbre de un cerro redondo é inculto nos ofreció la primera ocasión de ver las Montañas Pedregosas. Era aquel un magnífico punto de vista, y el más propio para animarnos, porque hacía ya mucho tiempo que recorríamos países llanos. Tres semanas hacía que vivíamos sepultados en las espesuras del bosque que nos cerraba toda perspectiva y casi nos privaba de la claridad del día.

Unas cadenas de colinas pobladas de abetos, se dilataban casi de Norte á Sur y se elevaban hácia el Occidente; en el horizonte veíamos, paralelamente á



Estanque de Castores: choza y dique construido por ellos.